



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

LA VOCACIÓN:
UNA LLAMADA QUE TRANSFORMA LA VIDA Y RENUEVA LA IGLESIA
Subsidio de formación para las comunidades del Sistema Integral de Nueva Evangelización (SINE)

Delegación Diocesana de Pastoral Vocacional
Año Diocesano de las Vocaciones

Elaborado por:
Pbro. Sergio Jair Gutiérrez Figueredo
Delegado diocesano Pastoral Vocacional

Introducción
¿Por qué hablar hoy de vocación?

"No me eligieron ustedes a mí; fui yo quien los elegí a ustedes y los destiné para que vayan y den fruto, y su fruto permanezca" (Jn 15,16).

La historia de la salvación es la historia de un Dios que llama. Desde la creación hasta Cristo, la iniciativa parte siempre de Él. Su voz convoca a la existencia, establece alianzas, suscita colaboradores y continúa pronunciando el nombre de cada persona para invitarla a participar en su proyecto de amor.

Esta certeza fundamenta toda vocación cristiana. Antes de preguntarnos qué espera Dios de nosotros, existe una realidad más profunda: hemos sido creados por amor, llamados a vivir en comunión con nuestro Creador y enviados a manifestar su presencia en el mundo. La vocación no comienza cuando descubrimos un estado de vida particular, sino cuando reconocemos que toda nuestra existencia es respuesta a la iniciativa gratuita de Dios.

El Concilio Vaticano II recordó con renovada claridad esta verdad al afirmar que todos los bautizados participan de una misma llamada a la santidad y de una misma responsabilidad en la misión evangelizadora de la Iglesia. La diversidad de ministerios, carismas y estados de vida no rompe esa unidad, sino que manifiesta la riqueza con la que el Espíritu Santo edifica continuamente al Pueblo de Dios. Cada vocación expresa un modo concreto de hacer visible el rostro de Cristo y de servir al crecimiento de la Iglesia.

Esta perspectiva adquiere una especial importancia en el contexto del **Año Diocesano de las Vocaciones**, que nuestra Diócesis de Duitama-Sogamoso celebra como un tiempo de gracia y de renovación espiritual. No se trata simplemente de intensificar algunas actividades vocacionales ni de promover determinadas formas de vida cristiana. La invitación es mucho más profunda: redescubrir que toda la existencia del creyente nace de una llamada y encuentra su plenitud cuando se convierte en una respuesta confiada al amor de Dios.

Vivimos en una cultura que exalta la autonomía, el éxito individual y la construcción de proyectos centrados exclusivamente en la realización personal. Frente a esa lógica, el Evangelio propone un horizonte distinto. La verdadera libertad no consiste únicamente en elegir entre múltiples posibilidades,



DIÓCESIS
UITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

sino en descubrir el camino para el cual hemos sido creados y recorrerlo con generosidad. Allí donde una persona acoge el proyecto de Dios sobre su vida encuentra también la plenitud de su identidad, la alegría del servicio y la fecundidad de una existencia entregada.

Por esta razón, la dimensión vocacional no puede reducirse a un ámbito particular de la pastoral. Evangelizar implica conducir a las personas al encuentro con Jesucristo, y quien se encuentra verdaderamente con Él descubre también que su vida posee un sentido, una misión y un lugar insustituible dentro del Pueblo de Dios. Toda acción evangelizadora está llamada, por tanto, a despertar la pregunta por la propia vocación y a acompañar el discernimiento de quienes desean responder con fidelidad a la voluntad del Señor.

En este horizonte se comprende la riqueza del **Sistema Integral de Nueva Evangelización**. Desde su origen, el SINE ha querido formar pequeñas comunidades donde la fe se fortalezca mediante la escucha de la Palabra, la celebración de la vida sacramental, la fraternidad y el compromiso misionero. En un ambiente así, la vocación deja de ser un tema reservado para algunos y se convierte en una experiencia cotidiana. Allí donde el Evangelio transforma la vida, las personas aprenden a reconocer los dones que Dios les ha confiado, descubren el lugar que ocupan dentro de la comunidad eclesial y se disponen a servir con generosidad.

Con ese espíritu, la Delegación Diocesana de Pastoral Vocacional ofrece este subsidio como un servicio a las pequeñas comunidades. Su propósito principal no consiste únicamente en promover las vocaciones al ministerio ordenado, aunque estas constituyen un don imprescindible para la vida de la Iglesia. Aspira, sobre todo, a fortalecer una auténtica cultura vocacional, ayudando a comprender que toda vocación — laical, matrimonial, consagrada o sacerdotal — brota del Bautismo, madura en la vida de la comunidad y alcanza su plenitud cuando se convierte en servicio.

El itinerario propuesto en estas páginas quiere acompañar un proceso de reflexión y de crecimiento. Comenzaremos contemplando la identidad del ser humano a la luz de la mirada de Dios; profundizaremos después en la vocación bautismal como fundamento de toda vida cristiana; descubriremos la riqueza y complementariedad de las diversas vocaciones presentes en la Iglesia; reflexionaremos sobre la responsabilidad de la comunidad en el nacimiento y acompañamiento de las vocaciones; y concluiremos proponiendo algunos caminos concretos para consolidar una verdadera cultura vocacional en nuestras parroquias y pequeñas comunidades.

Deseamos que este subsidio no permanezca como un simple material de estudio. Ojalá se convierta en una ocasión para renovar la escucha de la voz del Señor, fortalecer la vida de nuestras comunidades y suscitar nuevos discípulos que respondan con alegría a la misión que Dios les confía. Que la Santísima Virgen María, mujer del «**hágase**», y san José, servidor fiel del designio divino, acompañen el camino de nuestra Iglesia diocesana y alcancen del Señor la gracia de abundantes y santas vocaciones para el servicio del Evangelio.



DIÓCESIS
UITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Capítulo I: ¿Quién soy a los ojos de Dios?

"Antes de formarte en el vientre te conocía; antes de que nacieras te consagré" (Jr 1,5).

Toda persona, en algún momento de su vida, se enfrenta a una pregunta que ninguna otra puede responder por ella: **¿quién soy realmente?** Aunque la formule de maneras distintas —¿qué sentido tiene mi vida?, ¿para qué estoy en este mundo?, ¿qué espera Dios de mí?—, en el fondo siempre está buscando comprender el misterio de su propia existencia. No se trata de una inquietud exclusiva de la juventud ni de quienes atraviesan momentos de crisis. Es una pregunta que acompaña toda la vida, porque el ser humano nunca deja de buscar la verdad sobre sí mismo.

Nuestro tiempo ofrece múltiples respuestas. Con frecuencia se nos invita a construir la identidad a partir del éxito alcanzado, del reconocimiento social, de la profesión o de los bienes materiales. Poco a poco se instala la idea de que cada persona vale por lo que produce o posee. Sin embargo, esa manera de comprender la existencia termina siendo frágil. Cuando desaparece el éxito, cuando llegan el fracaso, la enfermedad o la soledad, también se tambalean las certezas construidas únicamente sobre esos apoyos.

La fe cristiana propone un camino diferente. No invita al ser humano a comenzar mirándose a sí mismo, sino a dejarse mirar por Dios. Solo desde esa mirada es posible descubrir una identidad que no depende de las circunstancias ni de los cambios de la vida. Antes de preguntarnos qué hacemos o qué lugar ocupamos en la sociedad, el Evangelio nos invita a reconocer quiénes somos para Aquel que nos ha creado y nos ama con un amor que no conoce límites.

Esta es la primera gran verdad que ilumina toda vocación: **nuestra vida no es fruto del azar ni de una casualidad de la historia.** Cada persona existe porque ha sido querida por Dios. Antes de cualquier proyecto humano, antes incluso de que nuestros padres imaginaran nuestra existencia, Dios ya nos conocía y nos amaba. Nuestra historia comienza en el corazón del Padre.

El libro del Génesis expresa esta verdad con una profundidad que nunca pierde actualidad. Al afirmar que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27), la Sagrada Escritura revela la dignidad incomparable de cada persona. Ningún ser humano puede reducirse a un número, a una función social o a un simple elemento dentro de la historia. Cada hombre y cada mujer llevan impresa la huella de su Creador y, por esa razón, poseen un valor que nada ni nadie puede arrebatarles.

El Concilio Vaticano II profundiza esta misma convicción cuando afirma que el misterio del ser humano solo encuentra su verdadera luz en el misterio del Verbo encarnado. En Jesucristo descubrimos no solo quién es Dios, sino también quién está llamado a ser el hombre. Cristo manifiesta plenamente la grandeza de nuestra vocación porque en Él contemplamos la humanidad vivida en perfecta comunión con el Padre y totalmente entregada al servicio de los demás.

Mirarnos con los ojos de Dios cambia radicalmente la manera de comprender nuestra propia vida. Dejamos de pensar que somos el resultado de nuestros méritos para descubrir que somos, ante todo, un don. La existencia deja de entenderse como una conquista personal y comienza a experimentarse como un regalo recibido gratuitamente.



DIÓCESIS
UITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Si nuestra identidad nace del amor de Dios, entonces el fundamento de nuestra existencia permanece firme incluso cuando experimentamos nuestras limitaciones. Los errores no destruyen la dignidad de hijos; el pecado puede herir la comunión con Dios, pero nunca anula el deseo del Padre de restaurarla. Toda la historia de la salvación es el testimonio de esa fidelidad divina. Desde el comienzo de la Biblia encontramos un Dios que no renuncia al hombre después de su caída. Al contrario, sale constantemente a su encuentro para ofrecerle nuevamente la posibilidad de caminar con Él.

Por eso, la vocación no puede entenderse únicamente como la elección de un estado de vida. Mucho antes de preguntarnos si Dios llama al matrimonio, al sacerdocio, a la vida consagrada o a una determinada misión, existe una llamada más profunda y decisiva: la invitación a vivir como hijos suyos. Esa es la primera vocación, la que sostiene todas las demás y les da sentido.

Del encuentro nace la misión

Esta perspectiva cambia la manera de leer los grandes relatos vocacionales de la Biblia. Con frecuencia ponemos nuestra atención en la misión que Dios confía a Abraham, a Moisés, a Jeremías o a los Apóstoles. Sin embargo, antes de encomendarles una tarea, Dios establece con ellos una relación profunda. La misión nace siempre del encuentro.

Los Evangelios muestran esta pedagogía divina con claridad. El Señor nunca comienza exigiendo una respuesta inmediata. Primero mira, escucha, dialoga, comparte la mesa, sana las heridas y despierta la confianza. Solo entonces invita a seguirlo. Cuando Jesús encuentra a los primeros discípulos junto al lago de Galilea, no les presenta un programa de trabajo, sino la posibilidad de permanecer con Él. El discipulado nace de la experiencia de haber sido profundamente amado, no de una obligación moral.

Quien se sabe amado por Dios ya no puede vivir de la misma manera. El encuentro con el Señor transforma la manera de comprenderse a sí mismo, de mirar a los demás y de situarse frente al mundo. Cuando una persona descubre que su existencia tiene un origen en el amor de Dios, deja de preguntarse únicamente qué quiere hacer con su vida y comienza a preguntarse qué quiere Dios realizar en ella y por medio de ella.

Aquí se encuentra uno de los rasgos más hermosos de la vocación cristiana. Dios nunca llama para beneficio exclusivo de quien recibe la llamada. El amor recibido se convierte naturalmente en amor compartido. La gracia acogida se transforma en servicio. Quien ha experimentado la misericordia desea comunicarla; quien ha descubierto la verdad anhela compartirla; quien se sabe amado aprende también a amar.

Esta dinámica atraviesa toda la historia de la salvación. Abraham es bendecido para convertirse en bendición para todos los pueblos. Moisés es liberado para conducir a otros hacia la libertad. Los profetas reciben la Palabra para anunciarla. María acoge al Verbo en su seno para ofrecerlo al mundo. Los Apóstoles permanecen con Jesús para ser enviados a anunciar el Evangelio. En todos los casos, la elección nunca constituye un privilegio, sino una misión confiada al servicio del Pueblo de Dios.

También en nuestra vida ocurre algo semejante. Los talentos, las capacidades, las experiencias y aun las heridas pueden convertirse en instrumentos mediante los cuales Dios continúa manifestando su amor.



DIÓCESIS
DUITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Nada de cuanto forma parte de nuestra historia queda excluido de su acción providente. El Señor no llama únicamente a partir de nuestras cualidades; muchas veces hace de nuestra propia fragilidad un lugar donde resplandece con mayor claridad la fuerza de su gracia. Así lo comprendió san Pablo cuando escribió: «Mi gracia te basta, porque mi fuerza se manifiesta plenamente en la debilidad» (2 Co 12,9).

Esta convicción libera de dos tentaciones frecuentes. La primera consiste en pensar que no somos dignos de responder a la llamada de Dios porque conocemos demasiado bien nuestras limitaciones. La segunda es creer que la vocación depende exclusivamente de nuestras capacidades. Ambas posturas terminan poniendo el centro en la persona y no en Dios. La Biblia muestra exactamente lo contrario: es el Señor quien capacita a quienes llama. La fecundidad de una vocación no depende, ante todo, de las cualidades humanas, sino de la fidelidad con la que cada uno se deja conducir por el Espíritu.

Descubrir la propia historia con los ojos de la fe

Con frecuencia pensamos que Dios comienza a actuar únicamente cuando una persona experimenta una conversión profunda o decide comprometerse seriamente con la vida cristiana. Sin embargo, la fe nos enseña algo mucho más consolador: Dios ha estado presente desde el comienzo. Él ha acompañado silenciosamente cada etapa de nuestra existencia, incluso cuando nosotros no éramos conscientes de su presencia.

Mirar la propia historia con fe significa descubrir que no existen acontecimientos completamente ajenos al proyecto de Dios. Las alegrías, los encuentros providenciales, los momentos de crecimiento, pero también las pruebas, los fracasos y las incertidumbres, pueden convertirse en espacios donde el Señor va modelando el corazón de quien un día responderá a su llamada.

Esta mirada creyente transforma también nuestra manera de interpretar el pasado. Lo que antes parecía una sucesión de acontecimientos desconectados comienza a adquirir una sorprendente unidad. Descubrimos que Dios nunca dejó de acompañarnos, aun cuando nosotros caminábamos sin reconocerlo. Como los discípulos de Emaús, muchas veces solo al volver la vista atrás comprendemos que el Señor caminaba a nuestro lado mientras ardía nuestro corazón.

Esta certeza infunde esperanza. Si Dios ha permanecido fiel durante toda nuestra historia, también seguirá sosteniendo el camino que aún queda por recorrer. La vocación deja entonces de ser motivo de temor para convertirse en una invitación confiada a caminar de la mano de Aquel que nunca abandona la obra que ha comenzado.

Una verdad que transforma nuestras comunidades

Esta reflexión posee una importancia particular para las comunidades del Sistema Integral de Nueva Evangelización. La misión del SINE no consiste únicamente en ofrecer un itinerario de formación o en fortalecer la vida comunitaria. Su verdadera riqueza radica en crear espacios donde las personas puedan experimentar el amor de Dios y descubrir, desde esa experiencia, el sentido profundo de su existencia.

Cada pequeña comunidad está llamada a convertirse en un lugar donde las personas sean conocidas por su nombre, acogidas con respeto y acompañadas con paciencia. En una sociedad donde tantas veces



DIÓCESIS
DUITAMA
BOYACÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

predominan el anonimato, la prisa y la indiferencia, una comunidad cristiana tiene la misión de hacer visible la manera como Dios mira a cada ser humano: con misericordia, confianza y esperanza.

Cuando alguien experimenta esa acogida fraterna, comienza también a descubrir que posee un lugar insustituible dentro de la Iglesia. La comunidad deja de ser un grupo al que simplemente se pertenece para convertirse en el espacio donde cada bautizado puede reconocer los dones recibidos, ponerlos al servicio de los demás y crecer en el seguimiento de Jesucristo.

De esta manera, la pastoral vocacional deja de entenderse como una actividad reservada para algunos momentos del año o como una responsabilidad exclusiva de determinados agentes pastorales. Se convierte en una dimensión permanente de la vida comunitaria. Cada encuentro de oración, cada momento de formación, cada gesto de fraternidad y cada experiencia misionera pueden ayudar a una persona a escuchar con mayor claridad la voz del Señor.

Solo una comunidad que vive intensamente el Evangelio puede suscitar auténticas vocaciones. No porque multiplique estrategias o campañas, sino porque ofrece el ambiente donde la acción del Espíritu encuentra corazones disponibles para responder.

Conclusión

Al comenzar este itinerario vocacional, el Señor nos invita a detenernos antes de preguntarnos por el camino que deberemos recorrer. Nos invita, primero, a escuchar nuevamente nuestro nombre pronunciado con amor.

La primera respuesta que necesita nuestra vida no consiste en elegir una misión, sino en acoger una identidad. Somos hijos amados del Padre. Esa es la verdad sobre la cual se edifica toda vocación, toda misión y toda forma de seguimiento de Cristo.

Quien vive desde esa certeza ya no necesita demostrar constantemente su valor ni buscar en el reconocimiento de los demás el fundamento de su existencia. Descansa en la mirada de Dios y, desde esa seguridad, puede entregarse generosamente al servicio de los hermanos.

Solo quien ha descubierto quién es a los ojos del Padre puede responder con libertad cuando el Señor le pregunta: «¿A quién enviaré?»

Para la reflexión comunitaria

1. ¿Qué acontecimientos de mi historia me ayudan hoy a descubrir que Dios ha estado presente incluso antes de que yo fuera plenamente consciente de su amor?
2. ¿Sobre qué fundamento construyo habitualmente mi identidad: ¿mis logros, la opinión de los demás o la certeza de ser hijo amado de Dios?
3. ¿Qué personas o experiencias han sido instrumentos de Dios para ayudarme a reconocer el sentido de mi vida?



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

4. ¿Cómo puede nuestra pequeña comunidad convertirse en un espacio donde cada persona se sienta conocida, acogida y acompañada para descubrir la llamada que el Señor le dirige?
5. Después de esta reflexión, ¿qué aspecto de mi relación con Dios siento que estoy llamado a renovar para escuchar con mayor claridad su voz?





DIÓCESIS
UITAMA
SOGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Capítulo II: ¿Todos tenemos una vocación?

"Ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido por Dios para anunciar las maravillas de Aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pe 2,9).

Después de descubrir que nuestra identidad más profunda nace de la mirada amorosa de Dios, surge de manera natural una nueva pregunta: **si todos somos hijos de Dios, ¿todos hemos recibido también una vocación?**

Para muchas personas la respuesta parece evidente. Al escuchar la palabra *vocación*, piensan inmediatamente en el sacerdocio o la vida religiosa, dando a entender que Dios llama únicamente a algunas personas mientras el resto simplemente organiza su propia existencia. Sin embargo, esta manera de comprender la vocación resulta demasiado limitada. El Evangelio propone exactamente lo contrario: toda la existencia cristiana nace de una llamada y toda vida bautizada posee una misión confiada por el Señor.

La pregunta, por tanto, no es si Dios llama solamente a algunos. La verdadera pregunta es **cómo responde cada persona a la llamada que ya ha recibido.**

El Bautismo: fundamento de toda vida vocacional

Esta llamada adquiere su profundidad mediante el Bautismo. Con frecuencia reducimos el Bautismo al primero de los sacramentos o al rito mediante el cual una persona entra a formar parte de la Iglesia. Todo ello es verdadero, pero resulta insuficiente para comprender su riqueza. En el Bautismo ocurre algo mucho más grande: Dios incorpora nuestra vida al misterio pascual de Cristo y nos hace participar de su propia existencia filial.

San Pablo utiliza una imagen de enorme fuerza cuando afirma que, por el Bautismo, hemos muerto con Cristo para resucitar con Él a una vida nueva. No se trata únicamente de un símbolo religioso. Es una transformación profunda que inaugura una nueva manera de existir. Desde ese momento nuestra identidad queda marcada para siempre: pertenecemos a Cristo.

Esta pertenencia cambia completamente la comprensión de la vida. Ya no caminamos buscando únicamente nuestros propios intereses. Nuestra existencia queda orientada hacia el Reino de Dios. Los proyectos personales, las decisiones cotidianas, el trabajo, la familia, las relaciones y el servicio encuentran una nueva unidad porque todo comienza a leerse desde la comunión con Jesucristo.

La llamada universal a la santidad

Por esta razón el Concilio Vaticano II sitúa el Bautismo en el fundamento de toda la vida eclesial. Antes de distinguir ministerios, carismas o estados de vida, recuerda que todos los fieles poseen la misma dignidad de hijos de Dios y participan de una misma llamada a la santidad.

Hablar de una llamada universal a la santidad significa reconocer que Dios no reserva la plenitud del Evangelio para unos pocos creyentes especialmente generosos. La santidad no consiste en experiencias



DIÓCESIS
DUITAMA
BOGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

extraordinarias, sino en dejar que Cristo transforme progresivamente la existencia cotidiana. Se vive cada día a través de actos sencillos: el modo como tratamos a nuestra familia, la responsabilidad en el trabajo, la paciencia frente a las dificultades, la capacidad de reconciliarnos y el compromiso con la comunidad. Precisamente ahí reside la grandeza del Bautismo: transforma la vida ordinaria en lugar de encuentro con Dios.

Una llamada que nos hace Iglesia

El Bautismo no transforma únicamente la relación personal del creyente con Dios. Al mismo tiempo, lo introduce en una historia, en un pueblo y en una misión compartida. Nadie es bautizado para recorrer solo el camino de la fe. Desde el comienzo, Dios quiso reunir a sus hijos en una única familia donde cada uno encontrara un lugar para crecer, servir y anunciar el Evangelio.

Por eso, cuando una persona recibe el Bautismo, no solo inicia una relación nueva con Cristo; también entra a formar parte de su Cuerpo, que es la Iglesia. Aprendemos a reconocer a Dios como Padre precisamente porque descubrimos a los demás como hermanos.

Esta perspectiva ilumina también nuestra comprensión de la vocación. Muchas veces imaginamos que discernir consiste únicamente en descubrir qué quiere Dios de mí. Sin embargo, la pregunta podría formularse de otra manera: **¿cómo quiere Dios que mi vida contribuya al crecimiento de su Iglesia y al bien de los demás?**

La vocación nunca termina en quien la recibe. Siempre posee una fecundidad eclesial. Cada bautizado ha recibido dones que no le pertenecen exclusivamente. El Espíritu Santo los concede para la edificación de todo el Pueblo de Dios. Por eso, descubrir la propia vocación significa también descubrir cuál es la forma concreta de servir mejor a los hermanos.

Una invitación para nuestras comunidades del SINE

Las pequeñas comunidades del Sistema Integral de Nueva Evangelización poseen una misión privilegiada en este camino. Su primera tarea no consiste en orientar inmediatamente a las personas hacia una vocación específica, sino en ayudarlas a redescubrir la riqueza de su Bautismo.

Cuando una comunidad favorece el encuentro con Jesucristo, alimenta la vida de oración, profundiza en la escucha de la Palabra, celebra la fe y fortalece la fraternidad, está creando las condiciones necesarias para que cada bautizado pueda comprender quién es y cuál es el lugar que ocupa dentro del Pueblo de Dios.

Desde esa experiencia surgirán, con naturalidad, las distintas respuestas vocacionales. Algunas personas descubrirán una llamada al matrimonio; otras serán impulsadas a un compromiso laical más intenso; otras sentirán el deseo de consagrar toda su vida al Señor; algunas escucharán la invitación al ministerio ordenado. Pero todas esas respuestas tendrán un mismo fundamento: la gracia bautismal que las sostiene y les da unidad.



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Por ello, una comunidad verdaderamente evangelizadora nunca deja de recordar a sus miembros que su primera vocación consiste en vivir como hijos de Dios y discípulos de Jesucristo. Sobre esa roca podrá edificarse cualquier otra llamada con firmeza y alegría.

Conclusión

Responder a la pregunta «¿Todos tenemos una vocación?» significa volver la mirada hacia la fuente de toda vida cristiana. La respuesta no comienza en nuestras capacidades ni en nuestras preferencias personales. Comienza en el Bautismo, donde Dios pronunció sobre cada uno de nosotros una palabra definitiva de amor y nos incorporó a la vida de su Hijo.

Toda vocación específica hunde sus raíces en esa primera llamada. Antes de discernir el camino concreto por el que el Señor quiere conducirnos, estamos invitados a redescubrir la alegría de ser bautizados, miembros de la Iglesia y discípulos enviados a vivir el Evangelio.

Solo quien comprende la grandeza de esta vocación común podrá valorar, en toda su riqueza, la diversidad de caminos mediante los cuales el Espíritu continúa edificando a la Iglesia.

Para la reflexión comunitaria

1. ¿Qué lugar ocupa hoy mi Bautismo en la manera como comprendo mi vida y mi relación con Dios?
2. ¿De qué manera experimento que pertenezco al Pueblo de Dios y comparto con otros la misión de la Iglesia?
3. ¿Qué dones reconozco que el Señor me ha concedido para ponerlos al servicio de la comunidad?
4. ¿Cómo puede nuestra pequeña comunidad ayudar a que cada bautizado descubra la alegría de vivir su vocación cristiana antes de discernir una vocación específica?
5. ¿Qué compromiso concreto podemos asumir para renovar, como comunidad, la conciencia de que todos hemos sido llamados a la santidad y a la misión?



DIÓCESIS
DUITAMA
SOGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Capítulo III: ¿Cómo llama Dios dentro de su Iglesia?

"Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; hay diversidad de actuaciones, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos" (1 Co 12,4-6).

Después de contemplar que toda vocación nace del Bautismo, surge una nueva pregunta: **si todos compartimos una misma llamada, ¿por qué no todos recorremos el mismo camino?**

Dios no quiso reunir un pueblo formado por personas idénticas. Tampoco distribuyó sus dones de manera uniforme. La riqueza de la Iglesia consiste precisamente en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios que el Espíritu Santo suscita para el bien común. La unidad no nace de hacer todos lo mismo, sino de caminar hacia un mismo Señor desde la vocación particular que cada uno ha recibido.

Nuestra sociedad establece comparaciones constantes entre personas, valorando lo que tiene mayor visibilidad. Esta lógica puede infiltrarse en la vida eclesial, haciendo que algunas vocaciones parezcan más importantes que otras. Sin embargo, el Evangelio propone un criterio distinto: en la Iglesia nadie ocupa un lugar por prestigio, sino para servir. La verdadera grandeza depende del amor con que se vive, no de la función que se desempeña.

San Pablo expresa esta realidad mediante la imagen del Cuerpo de Cristo: así como el cuerpo humano necesita todos sus miembros para vivir, la comunidad cristiana necesita cada vocación que el Señor suscita. Cada estado de vida refleja un aspecto particular del misterio del Señor y, juntos, hacen visible la plenitud de su amor.

La Iglesia: una comunión de vocaciones

Con frecuencia comenzamos preguntándonos qué vocación tiene cada uno. Sin embargo, el camino es justamente el contrario. Primero descubrimos qué necesita la Iglesia para cumplir la misión que Cristo le ha confiado y, desde esa misión, comprendemos por qué el Espíritu suscita tan diversas formas de seguimiento.

La Iglesia existe para anunciar el Reino de Dios. Ninguna vocación puede entenderse al margen de esa finalidad. Todas participan de una única misión evangelizadora, aunque la realicen de maneras diferentes. Por eso, hablar de diversidad nunca significa hablar de división.

Cada vocación posee una identidad propia, pero ninguna encuentra sentido aislada de las demás. El matrimonio necesita del ministerio sacerdotal para alimentarse con la gracia sacramental; los sacerdotes nacen ordinariamente en familias cristianas; la vida consagrada recuerda a toda la Iglesia la primacía de Dios; los laicos llevan el Evangelio a espacios donde difícilmente llegarían otros miembros de la comunidad eclesial. Cada uno enriquece a los demás y recibe también de ellos aquello que necesita para permanecer fiel a su propia llamada.

Esta complementariedad constituye uno de los signos más hermosos de la acción del Espíritu Santo. Él no uniforma a la Iglesia; la armoniza. La comunión no elimina las diferencias, sino que las integra en una misma misión. Por eso, cuando una comunidad aprende a valorar todas las vocaciones, crece también en



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

madurez eclesial. Comprende que nadie puede vivir el Evangelio en solitario y que todos necesitamos de todos para hacer visible el Reino de Dios en medio del mundo.

La vocación de los fieles laicos: el Evangelio en el corazón del mundo

La inmensa mayoría del Pueblo de Dios vive su vocación en las realidades ordinarias: el hogar, el trabajo, la universidad, la política, la economía, la cultura. El Concilio Vaticano II recuperó una visión profundamente evangélica: los fieles laicos son auténticos protagonistas de la evangelización, no colaboradores secundarios.

Su vocación consiste en transformar el mundo desde dentro con la fuerza del Evangelio. Cuando una madre educa a sus hijos en la fe, un maestro forma con honestidad, un médico cuida la dignidad de sus pacientes, el Evangelio se hace presente y fecunda la sociedad. El laico descubre que precisamente en medio de sus responsabilidades ordinarias, el Señor lo espera para santificar la realidad temporal desde dentro.

La vocación matrimonial: un sacramento del amor de Dios

Para los cristianos, el matrimonio es una verdadera vocación mediante la cual Dios invita a un hombre y a una mujer a hacer visible su propio amor en medio del mundo. Cada familia cristiana está llamada a convertirse en una pequeña Iglesia doméstica donde se aprende a orar, a perdonar, a compartir y a descubrir la presencia de Dios en la vida cotidiana.

La familia constituye el primer ámbito donde habitualmente germinan las vocaciones. Allí donde los padres viven con coherencia su alianza, participan en la vida sacramental y hablan con naturalidad de la llamada del Señor, los hijos aprenden que seguir a Cristo significa descubrir la fuente más profunda de la felicidad.

En una cultura marcada por relaciones frágiles, la fidelidad de los esposos se convierte en anuncio silencioso del amor irrevocable de Dios por la humanidad. El matrimonio deja de ser únicamente un proyecto humano para convertirse en una verdadera misión eclesial.

La vida consagrada: signo profético del Reino

Desde los primeros siglos, el Espíritu Santo ha suscitado hombres y mujeres que han sentido la llamada a seguir a Cristo con una entrega total mediante la profesión de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia.

La vida consagrada constituye un don precioso porque recuerda permanentemente que Dios es el bien supremo del corazón humano. Los consagrados anuncian con su existencia que el Reino de Dios ya ha comenzado a hacerse presente entre nosotros.

Mientras el mundo invita constantemente a acumular, dominar y buscar el propio interés, la vida consagrada proclama que la verdadera riqueza se encuentra en Dios; que la libertad nace de la confianza y que el amor puede entregarse plenamente al servicio del Reino. Su presencia mantiene viva la esperanza del Reino y ayuda a todos los bautizados a orientar la mirada hacia aquello que permanece para siempre.



DIÓCESIS
UITAMA
SOGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

El ministerio ordenado: Cristo Buen Pastor al servicio de su pueblo

Mediante el sacramento del Orden, algunos hombres son configurados sacramentalmente con Cristo, Cabeza y Pastor, para anunciar la Palabra, celebrar los sacramentos y acompañar al Pueblo de Dios en su camino de fe.

Esta configuración no constituye un privilegio. El sacerdote existe para ayudar a que toda la comunidad pueda vivir plenamente su propia vocación. Mediante la predicación alimenta la fe; en la celebración de los sacramentos comunica la gracia de Cristo; mediante el acompañamiento pastoral sostiene el crecimiento espiritual de quienes le han sido confiados.

La Eucaristía permite comprender con especial claridad esta misión. Cada vez que el sacerdote preside la celebración eucarística, Cristo mismo reúne a su pueblo, alimenta a sus hijos con su Palabra y con su Cuerpo, fortalece la comunión de la Iglesia y envía nuevamente a los fieles a la misión.

Promover las vocaciones sacerdotales significa cuidar un don indispensable para la vida de la Iglesia. Sin embargo, precisamente porque el sacerdote está al servicio de la comunión, su misión alcanza su plena fecundidad cuando ayuda a que florezcan las demás vocaciones y cuando trabaja junto a los fieles laicos, las familias, los consagrados y todos los carismas que el Espíritu suscita.

Ninguna vocación basta por sí sola

Después de contemplar la riqueza de las diversas vocaciones, resulta natural comprender que ninguna de ellas agota por sí misma el misterio de la Iglesia. Cada una refleja un aspecto del rostro de Cristo, pero solo juntas manifiestan la plenitud de su presencia entre los hombres.

Esta convicción nos libera de una visión fragmentada de la vida eclesial. No existen vocaciones de primera y de segunda categoría. Tampoco hay unas que puedan prescindir de las otras. Todas proceden del mismo Espíritu y todas encuentran su razón de ser en el servicio al Reino de Dios.

Basta contemplar la vida ordinaria de una parroquia para descubrir esta verdad. La celebración de la Eucaristía necesita del ministerio del sacerdote, pero también de familias que transmitan la fe a sus hijos, de catequistas que acompañen el crecimiento cristiano, de jóvenes dispuestos a servir, de personas consagradas que recuerden la primacía de Dios y de tantos laicos que sostienen, con frecuencia silenciosamente, innumerables tareas pastorales y obras de caridad.

Del mismo modo, ninguna vocación nace aislada. Detrás de cada sacerdote suele haber una familia donde aprendió a rezar; detrás de una religiosa, una comunidad que alimentó su fe; detrás de un matrimonio cristiano, personas que les enseñaron el valor del amor fiel; detrás de un laico comprometido, catequistas, sacerdotes y comunidades que despertaron en él el deseo de seguir a Cristo.

Toda vocación tiene una historia profundamente eclesial. Dios llama personalmente, pero hace madurar esa llamada dentro de una comunidad creyente. Nadie responde solo al Evangelio. Todos hemos necesitado de otros que nos anunciaran la Palabra, nos acompañaran en la fe y nos ayudaran a descubrir el camino del Señor.



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Por eso, la Iglesia no puede limitarse a admirar las vocaciones cuando ya han florecido. Está llamada a crear las condiciones para que puedan nacer, crecer y perseverar. Allí donde la comunidad vive con autenticidad el Evangelio, el Espíritu encuentra un terreno fértil para suscitar nuevas respuestas.

Las pequeñas comunidades: una escuela de comunión vocacional

Esta misión adquiere una importancia especial dentro del Sistema Integral de Nueva Evangelización. Las pequeñas comunidades no existen únicamente para favorecer la formación doctrinal o fortalecer los vínculos fraternos. Su verdadera riqueza consiste en convertirse en espacios donde cada persona pueda crecer como discípulo y descubrir el lugar que Dios le ha preparado dentro de la Iglesia.

Una comunidad madura no pretende que todos realicen el mismo servicio. Al contrario, ayuda a reconocer la diversidad de dones que el Espíritu ha distribuido entre sus miembros. Sabe alegrarse cuando descubre nuevas capacidades, acompaña los procesos de discernimiento y anima a cada persona a poner sus talentos al servicio del Reino.

Esta actitud exige una profunda conversión pastoral. Con frecuencia existe la tentación de valorar más a quienes desempeñan responsabilidades visibles, mientras otros servicios permanecen ocultos. Sin embargo, la lógica del Evangelio sigue otro camino. Jesús mismo enseñó que el mayor es quien sirve y que los miembros aparentemente más débiles son, muchas veces, los más necesarios para la vida del cuerpo.

Por ello, una auténtica comunidad vocacional cultiva una espiritualidad de la gratitud. Aprende a reconocer que toda vocación constituye un regalo para todos. Se alegra cuando una familia fortalece su testimonio cristiano; sostiene con cercanía a quien inicia un proceso de discernimiento; acompaña con afecto a quienes responden a la vida consagrada o al ministerio sacerdotal; y anima a los fieles laicos a vivir con coherencia su misión en medio del mundo.

Cuando esta cultura de comunión comienza a crecer, desaparecen las comparaciones y las rivalidades. Cada persona comprende que su vocación no compite con la de los demás, sino que la complementa. La comunidad entera se enriquece porque aprende a contemplar la diversidad como una manifestación de la creatividad del Espíritu Santo.

Una Iglesia que aprende a dar gracias

Quizá uno de los signos más claros de una comunidad madura sea su capacidad para agradecer. Agradecer por quienes han respondido con generosidad a la llamada del Señor. Agradecer por los matrimonios que perseveran en el amor. Agradecer por los sacerdotes que entregan su vida al servicio del Evangelio. Agradecer por las personas consagradas que mantienen viva la esperanza del Reino. Agradecer por los laicos que anuncian a Cristo en medio de la sociedad. Agradecer, en definitiva, porque el Espíritu Santo continúa actuando hoy con la misma fuerza con que edificó la Iglesia naciente.

Esta gratitud alimenta también la esperanza. Si Dios ha seguido llamando a lo largo de los siglos, continúa llamando también en nuestro tiempo. La escasez de algunas vocaciones no debe conducir al desaliento, sino a renovar la confianza en la fidelidad del Señor y el compromiso de toda la comunidad por crear ambientes donde esa llamada pueda ser escuchada.



La pastoral vocacional no nace del miedo al futuro de la Iglesia. Nace de la certeza de que Cristo permanece vivo, sigue caminando con su pueblo y continúa suscitando hombres y mujeres dispuestos a colaborar en la misión del Evangelio.

Conclusión

La riqueza de la Iglesia no puede medirse únicamente por el número de sus obras o de sus actividades pastorales. Su verdadera belleza resplandece en la diversidad de hombres y mujeres que, movidos por un mismo Espíritu, responden con generosidad a la llamada recibida.

Cada vocación manifiesta un rasgo del misterio de Cristo. Los fieles laicos hacen presente el Evangelio en el corazón del mundo; el matrimonio revela el amor fiel y fecundo de Dios; la vida consagrada anuncia la primacía del Reino; el ministerio ordenado reúne, alimenta y guía al Pueblo de Dios mediante la Palabra y los sacramentos. Todas estas formas de vida encuentran su unidad en el Bautismo y convergen en una única misión: anunciar a Jesucristo.

Comprender esta complementariedad transforma también nuestra manera de vivir la Iglesia. Dejamos de contemplar las vocaciones como caminos paralelos para descubrir que todas forman parte de una misma sinfonía. El Espíritu Santo continúa armonizando la diversidad para que el mundo pueda reconocer, en la comunión de los discípulos, el rostro vivo de Cristo.

Esta certeza prepara el paso siguiente de nuestro itinerario. Si toda vocación nace, crece y se fortalece dentro de la comunión eclesial, entonces resulta necesario preguntarnos cuál es la responsabilidad concreta de nuestras comunidades en ese proceso. ¿Quién acompaña las vocaciones? ¿Quién crea el ambiente donde puedan madurar? ¿Qué papel desempeñan las familias, las parroquias y las pequeñas comunidades del SINE?

Para la reflexión comunitaria

1. ¿Qué aspecto del rostro de Cristo descubro con mayor claridad al contemplar la diversidad de vocaciones presentes en la Iglesia?
2. ¿Valoramos realmente todas las vocaciones con la misma gratitud y respeto, o damos mayor importancia a unas que a otras?
3. ¿Qué dones y carismas identificamos hoy en nuestra pequeña comunidad y cómo podemos ayudar a que se desarrollen para el bien de todos?
4. ¿De qué manera acompañamos a quienes comienzan a preguntarse por el proyecto que Dios tiene para sus vidas?
5. ¿Qué acciones concretas podemos emprender para que nuestra pequeña comunidad sea un lugar donde las distintas vocaciones sean acogidas, discernidas y fortalecidas?



DIÓCESIS
UITAMA
SOGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Capítulo IV: ¿Quién cuida las vocaciones? La comunidad cristiana, cuna de toda vocación

"Rueguen, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9,38).

Después de contemplar la riqueza de las diversas vocaciones presentes en la Iglesia, surge una pregunta inevitable: **¿dónde nacen esas vocaciones?** Si el Espíritu Santo continúa llamando a hombres y mujeres para seguir a Cristo desde distintos estados de vida, ¿qué papel desempeña la comunidad cristiana en ese proceso?

Jesús nunca formó discípulos aislados. Desde el comienzo de su ministerio reunió una comunidad. Caminó con ella por los pueblos de Galilea, compartió la mesa, enseñó pacientemente, corrigió con misericordia, fortaleció la fe de los suyos y los preparó para continuar la misión después de su Pascua. Antes del envío estuvo la convivencia; antes de la misión estuvo la comunión. Este modo de actuar no fue circunstancial. Revela un rasgo esencial de toda vocación cristiana: **Dios llama personalmente, pero hace crecer la respuesta dentro de una comunidad creyente.**

Nadie llega a la fe completamente solo. Todos hemos recibido el Evangelio gracias al testimonio de otras personas. Unos padres que enseñaron las primeras oraciones; un catequista que despertó el amor por la Palabra de Dios; un sacerdote que celebró los sacramentos; un amigo que acompañó un momento difícil; una comunidad que acogió sin juzgar. La historia vocacional de cada creyente está entrelazada con innumerables rostros que hicieron visible la presencia del Señor.

Esta constatación nos ayuda a comprender una verdad profundamente eclesial: las vocaciones no son fruto únicamente de una decisión personal. Son también fruto de una comunidad que ha sabido transmitir la fe, alimentar la esperanza y sostener el crecimiento espiritual de sus miembros.

La Iglesia: madre que engendra y acompaña

Desde los primeros siglos, la tradición cristiana ha contemplado a la Iglesia como una verdadera madre que engendra nuevos hijos mediante el Bautismo, los alimenta con la Palabra y los sacramentos, y los envía a participar en la misión de Cristo. Una madre no decide el camino que recorrerán sus hijos, pero crea las condiciones para que puedan crecer con libertad. Del mismo modo, la Iglesia acompaña a cada persona para que descubra el proyecto que Dios ha preparado para ella.

Una comunidad auténticamente evangelizadora nunca pretende fabricar vocaciones. Crea un ambiente donde la voz del Señor pueda ser escuchada. Cuando vive intensamente la fe, celebra con alegría la liturgia, anuncia el Evangelio, practica la caridad y cultiva relaciones fraternas, ofrece el terreno donde el Espíritu Santo actúa con libertad.

Una responsabilidad compartida: familia, parroquia, comunidades

La promoción vocacional no corresponde exclusivamente a delegaciones especializadas. Constituye una dimensión de toda la acción evangelizadora. Cada comunidad que anuncia el Evangelio está sembrando futuras vocaciones. Cada catequista, cada familia coherente, cada sacerdote alegre ofrece un testimonio



DIÓCESIS
DUITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

capaz de despertar respuestas generosas. Toda la pastoral es vocacional o corre el riesgo de dejar de ser plenamente evangelizadora.

La familia: el primer lugar donde se aprende a escuchar a Dios

Toda vocación tiene una historia que casi siempre comienza en un hogar. Mucho antes de formular conscientemente la pregunta por el proyecto de Dios, una persona ya ha empezado a descubrir el amor, la confianza y la entrega en su familia.

La primera misión de los padres no consiste en decidir la vocación de sus hijos ni proyectar sobre ellos sus propios sueños. Su verdadera tarea es ayudarles a descubrir que la vida es un don recibido de Dios y que la felicidad consiste en responder con generosidad al camino que Él proponga.

Cuando una familia reza unida, participa de la vida sacramental, cultiva el diálogo y vive la fe con naturalidad, está creando un ambiente donde la pregunta vocacional surge espontáneamente. Los hijos aprenden que Dios forma parte de la vida cotidiana y descubren que escuchar su voz es una experiencia posible. Una auténtica pastoral vocacional comienza fortaleciendo la vida cristiana de las familias.

La parroquia: comunidad que educa en el discipulado

Si la familia representa el primer espacio donde se aprende a amar a Dios, la parroquia constituye el lugar donde esa fe madura y se hace vida comunitaria. Toda parroquia está llamada a ser una verdadera escuela de discipulado, conduciendo a las personas hacia un encuentro cada vez más profundo con Jesucristo.

Cuando la vida parroquial gira realmente en torno al Evangelio, la vocación aparece de manera natural. Un niño que contempla sacerdotes felices, unos jóvenes que participan en experiencias misioneras, unos adultos comprometidos con la catequesis, unas familias que viven con alegría la liturgia dominical... todo ello constituye un testimonio silencioso que ayuda a descubrir que seguir a Cristo merece la pena.

Las pequeñas comunidades del SINE: un espacio privilegiado para el discernimiento

El Sistema Integral de Nueva Evangelización ofrece una riqueza pastoral que merece ser especialmente valorada. Las pequeñas comunidades constituyen un ámbito privilegiado donde la dimensión vocacional puede desarrollarse con particular profundidad.

Su mayor fortaleza reside en la experiencia de cercanía que hacen posible. En grupos reducidos, las personas encuentran un ambiente donde pueden compartir la vida, expresar sus inquietudes, confrontar sus búsquedas con la Palabra de Dios y recibir el acompañamiento fraterno que tantas veces resulta difícil ofrecer en espacios más numerosos.

El discernimiento vocacional necesita precisamente este tipo de ambientes. La llamada de Dios rara vez se descubre en medio de la prisa o del ruido. Requiere silencio interior, escucha, diálogo, oración y una comunidad que sepa acompañar sin imponer respuestas apresuradas. Cada pequeña comunidad del SINE está llamada a preguntarse cómo ayudar a cada persona a descubrir el proyecto concreto que Dios ha pensado para ella.



DIÓCESIS
DUITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

La Pastoral Vocacional Diocesana: animar la conciencia vocacional

La Delegación Diocesana de Pastoral Vocacional está llamada a mantener viva la conciencia vocacional de toda la Iglesia particular. Su labor consiste en recordar constantemente que toda pastoral posee una dimensión vocacional y que cada bautizado necesita descubrir el camino concreto por el que Dios lo llama.

La Pastoral Vocacional no sustituye la responsabilidad de las familias, parroquias ni pequeñas comunidades. Las anima, las coordina, las forma y las ayuda a integrar la dimensión vocacional en toda la acción evangelizadora. Cuando esta colaboración se vive en comunión, toda la diócesis comienza a respirar un mismo espíritu.

Una comunidad que ora, discierne y propone

Toda comunidad cristiana que desea convertirse en cuna de vocaciones necesita cultivar tres actitudes inseparables: la oración, el discernimiento y la valentía para proponer el seguimiento de Cristo.

La oración: el primer servicio a las vocaciones

Cuando Jesús contempló a las multitudes que caminaban «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36), su primera invitación fue clara: **«Rueguen al dueño de la mies que envíe obreros a su mies»** (Mt 9,38).

Antes de cualquier iniciativa pastoral, la Iglesia está llamada a orar. La oración por las vocaciones manifiesta la confianza en que la iniciativa pertenece siempre a Dios. Él sigue llamando, sigue preparando el corazón de quienes ha elegido y continúa sosteniendo con su gracia a quienes responden con generosidad.

Una comunidad verdaderamente vocacional no reserva la oración por las vocaciones para ocasiones especiales. La incorpora a su vida ordinaria: en la Eucaristía, en la adoración, en el rezo del Rosario, en las reuniones de las pequeñas comunidades y en la oración personal de cada fiel.

El discernimiento: aprender a reconocer la acción del Espíritu

La oración conduce naturalmente al discernimiento. Discernir es aprender a reconocer la acción del Espíritu Santo en la propia historia y en la vida de la comunidad. Es descubrir, entre tantas voces que resuenan, aquella que conduce a la verdad, a la libertad y al amor.

Esta tarea requiere comunidades maduras espiritualmente. Una comunidad que discierne sabe escuchar antes de emitir juicios, acompaña antes de exigir respuestas y respeta los tiempos con los que Dios conduce a cada persona. No busca fabricar vocaciones ni acelerar procesos.

El discernimiento comunitario también ayuda a descubrir los dones que el Señor ha sembrado en cada uno. Una palabra oportuna, una invitación a servir, una responsabilidad confiada con prudencia o un acompañamiento cercano pueden convertirse en el inicio de un camino de discernimiento que transforme toda una vida.



DIÓCESIS
UITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Nuestras comunidades necesitan formar agentes capaces de acompañar procesos vocacionales con humildad, discreción y profunda vida espiritual. El verdadero acompañante no sustituye la conciencia del otro; la ilumina a la luz del Evangelio y la ayuda a descubrir la voluntad de Dios con libertad.

Una comunidad que no teme proponer

Existe un último aspecto que no puede faltar: la valentía de proponer. En ocasiones, por temor a condicionar la libertad de los jóvenes, evitamos hablar explícitamente de la vocación. Sin embargo, los Evangelios muestran que Jesús nunca tuvo miedo de invitar. A los primeros discípulos les dijo: «Vengan conmigo» (Mt 4,19); al joven rico lo llamó a seguirlo más de cerca (cf. Mc 10,21); a Mateo lo invitó a dejar la mesa de los impuestos (cf. Mt 9,9).

Proponer no significa presionar. Significa abrir horizontes, mostrar la belleza del Evangelio y ayudar a las personas a preguntarse con sinceridad qué espera Dios de ellas.

Una comunidad que propone con libertad y respeto transmite un mensaje profundamente esperanzador: vale la pena entregar la vida por Cristo. Vale la pena construir un matrimonio santo, vivir el compromiso bautismal como fiel laico, abrazar la vida consagrada o responder con generosidad al ministerio sacerdotal.

Las comunidades del Sistema Integral de Nueva Evangelización poseen una oportunidad privilegiada para realizar esta tarea. El clima de fraternidad, la escucha compartida de la Palabra, la formación permanente y la experiencia de misión crean un ambiente donde la propuesta vocacional puede realizarse con cercanía y naturalidad. No se trata de añadir una actividad más, sino de ayudar a que cada etapa del itinerario conduzca a la pregunta fundamental del discípulo: **«Señor, ¿qué quieres que haga?»**

Conclusión

La Iglesia cumple verdaderamente su misión cuando ayuda a cada persona a descubrir el lugar que Dios le ha preparado. Las familias, las parroquias, las pequeñas comunidades del SINE, los movimientos apostólicos, los sacerdotes, los consagrados y todos los fieles comparten esta responsabilidad. Cada uno, desde su propia vocación, contribuye a crear un ambiente donde el Evangelio puede ser acogido y donde el Espíritu Santo continúa despertando nuevos discípulos para la misión.

Cuando una comunidad ora con perseverancia, discierne con sabiduría y propone con alegría el seguimiento de Cristo, deja de ser únicamente un lugar de encuentro para convertirse en una verdadera escuela de vocaciones. Allí las personas descubren que Dios sigue llamando, que la Iglesia camina a su lado y que responder a esa llamada constituye el camino más pleno hacia la felicidad.

Esta convicción nos conduce naturalmente al paso siguiente de nuestro itinerario. Si toda comunidad está llamada a engendrar y acompañar las vocaciones, entonces el desafío consiste en hacer que esa conciencia impregne toda la vida eclesial. No basta con algunas iniciativas aisladas; es necesario que la vocación se convierta en una dimensión permanente de nuestra manera de evangelizar. A esta tarea dedicaremos el próximo y último capítulo, donde reflexionaremos sobre la construcción de una auténtica **cultura vocacional**.



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Para la reflexión comunitaria

1. ¿Ocupa la oración por las vocaciones un lugar estable en la vida de nuestra comunidad, o la reducimos a momentos ocasionales?
2. ¿Qué actitudes necesitamos fortalecer para acompañar con mayor paciencia y sabiduría los procesos de discernimiento de niños, jóvenes y adultos?
3. ¿Nos sentimos libres para proponer, con respeto y alegría, las distintas vocaciones dentro de la Iglesia como auténticos caminos de santidad y servicio?
4. ¿Qué dones y capacidades reconocemos hoy en los miembros de nuestra comunidad y cómo podemos ayudarles a ponerlos al servicio del Reino de Dios?
5. ¿Qué compromiso concreto podemos asumir para que nuestra parroquia y nuestras pequeñas comunidades del SINE sean verdaderas escuelas donde las vocaciones puedan nacer, crecer y perseverar?



DIÓCESIS
UITAMA
SOGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Capítulo V: ¿Cómo construir una cultura vocacional?

«En esto será glorificado mi Padre: en que den mucho fruto y sean mis discípulos.» (Jn 15,8).

Al finalizar este recorrido, llegamos a una pregunta decisiva: **¿cómo puede una Iglesia convertirse verdaderamente en una comunidad que genera vocaciones?**

A lo largo de los capítulos anteriores hemos descubierto que toda persona ha sido creada por amor y llamada por Dios; que el Bautismo constituye el fundamento de toda vocación; que el Espíritu Santo suscita una admirable diversidad de estados de vida al servicio de la comunión eclesial; y que ninguna vocación madura al margen de una comunidad creyente. Ahora es necesario dar un paso más.

No basta con comprender qué es una vocación. Es preciso preguntarnos cómo hacer que nuestras parroquias, familias y pequeñas comunidades respiren un ambiente donde la llamada de Dios pueda ser escuchada con naturalidad. En otras palabras, estamos invitados a construir una verdadera **cultura vocacional**.

La palabra *cultura* posee un significado profundo. No designa únicamente un conjunto de actividades o de costumbres. Habla de una manera de pensar, de vivir y de relacionarse con la realidad. Allí donde existe una cultura determinada, las personas aprenden espontáneamente a valorar ciertas actitudes y a orientar su vida según ellas.

Aplicada a la vida cristiana, esta expresión nos invita a mucho más que organizar jornadas vocacionales o celebrar algunas iniciativas durante el año. Una cultura vocacional existe cuando toda la comunidad aprende a mirar la vida como una respuesta al amor de Dios. En una comunidad así, la pregunta "**¿Qué quiere el Señor de mí?**" deja de ser extraordinaria para convertirse en una actitud habitual del discípulo.

La cultura vocacional, por tanto, no comienza cuando aparece una inquietud hacia el sacerdocio o la vida consagrada. Comienza mucho antes: cuando una persona aprende a reconocer que toda existencia posee un sentido porque ha sido querida y llamada por Dios.

Esta manera de comprender la vida transforma también la acción pastoral. Las actividades dejan de realizarse únicamente para responder a necesidades inmediatas y comienzan a orientarse hacia un objetivo más profundo: ayudar a cada bautizado a descubrir la misión que el Señor le confía dentro de la Iglesia y del mundo.

Preparar la tierra: crear comunidades donde pueda escucharse la voz de Dios

Jesús recurrió con frecuencia a imágenes tomadas del trabajo agrícola para explicar el misterio del Reino de Dios. No lo hizo por casualidad. Quien cultiva la tierra sabe que el fruto nunca aparece de manera inmediata. Antes de sembrar es necesario preparar el terreno. Después vendrán el cuidado paciente, la espera y, finalmente, la cosecha. Lo mismo sucede con las vocaciones.



Con frecuencia existe la tentación de preguntarnos por qué disminuyen algunas respuestas vocacionales sin detenernos antes a mirar la calidad del terreno donde esas respuestas deberían crecer. Una cultura vocacional comienza preparando el corazón de las personas para que puedan escuchar la voz de Dios.

Esto significa formar comunidades donde la oración ocupe un lugar central, donde la Palabra de Dios sea escuchada con fe, donde los sacramentos alimenten la vida espiritual y donde la fraternidad permita experimentar concretamente el amor del Señor. El verdadero desafío consiste en ayudar a las personas a vivir una experiencia de encuentro con Jesucristo. Solo quien ha descubierto que Dios lo ama podrá preguntarse sinceramente cómo responder a ese amor. Toda renovación vocacional comienza por una renovación espiritual de nuestras comunidades.

Sembrar: anunciar un Evangelio que sigue llamando

La semilla que la Iglesia está llamada a sembrar es el anuncio del Evangelio: la Buena Noticia de Jesucristo muerto y resucitado, que continúa llamando hoy a hombres y mujeres para compartir su vida y su misión. Cada anuncio auténtico del Evangelio posee una dimensión vocacional. Cuando una persona descubre que Cristo la ama, la perdona y camina con ella, nace espontáneamente una nueva pregunta: **¿cómo responder a este amor?**

La pastoral vocacional no comienza cuando hablamos explícitamente del sacerdocio o de la vida consagrada. Comienza cada vez que anunciamos a Jesucristo de tal manera que las personas desean seguirlo con toda su vida. No basta con transmitir contenidos doctrinales; es necesario despertar discípulos. Solo un Evangelio anunciado con alegría puede despertar respuestas generosas.

Cuidar: acompañar con la paciencia de Dios

Después de depositar la semilla en la tierra comienza la tarea más exigente: cuidar silenciosamente el crecimiento. El fruto necesita tiempo. Ninguna planta madura de un día para otro. Lo mismo ocurre con las vocaciones.

Dios respeta los tiempos de la persona, acompaña con infinita paciencia su crecimiento interior y la conduce poco a poco hacia la madurez de la fe. El Señor no tiene prisa porque conoce el corazón humano. Sabe que las decisiones verdaderamente importantes necesitan ser asumidas con libertad y madurez. También la Iglesia está llamada a aprender esta paciencia.

Acompañar una vocación significa caminar junto a la persona sin sustituir su libertad. Significa escuchar antes que hablar, comprender antes que juzgar y ayudar a descubrir la acción de Dios antes que ofrecer respuestas apresuradas. El discernimiento vocacional necesita comunidades donde las personas puedan expresar con confianza sus búsquedas, sus dudas y sus esperanzas. La paciencia constituye una de las formas más auténticas de la caridad pastoral.

El testimonio: la primera escuela vocacional

Las vocaciones nacen, muchas veces, contemplando la alegría de quienes viven con fidelidad su propia llamada. Antes de escuchar una conferencia sobre el sacerdocio, un joven suele sentirse interpelado por



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

la entrega serena de un sacerdote. Antes de comprender toda la riqueza del matrimonio cristiano, descubre su belleza en el amor perseverante de unos esposos. El testimonio posee una fuerza evangelizadora insustituible porque hace visible aquello que las palabras apenas alcanzan a describir.

En una sociedad donde abundan los mensajes contradictorios, la coherencia de una vida se convierte en uno de los argumentos más convincentes del Evangelio. Una cultura vocacional florece allí donde cada bautizado procura vivir con autenticidad su propia vocación. El mejor servicio que podemos prestar al surgimiento de nuevas respuestas consiste en vivir con alegría la llamada que ya hemos recibido.

Dar fruto: una Iglesia donde todos descubren su misión

Cuando la tierra ha sido preparada, la semilla sembrada y el cultivo cuidado con paciencia, llega el tiempo de la cosecha. El primer fruto de una auténtica cultura vocacional consiste en una comunidad donde cada bautizado descubre que su vida posee una misión.

El niño que aprende a confiar en Dios, el adolescente que comienza a preguntarse por el sentido de su existencia, el matrimonio que renueva su alianza, el laico que asume con responsabilidad su compromiso apostólico, la persona consagrada que persevera con alegría, el sacerdote que sirve con fidelidad... todos ellos constituyen frutos de una Iglesia que ha aprendido a vivir desde la lógica de la llamada.

Una comunidad así también verá surgir nuevas vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada. Pero estas aparecerán como consecuencia natural de una Iglesia espiritualmente fecunda, no como el resultado de una estrategia pastoral.

Una cultura vocacional para las comunidades del SINE

Las pequeñas comunidades del Sistema Integral de Nueva Evangelización poseen condiciones privilegiadas para cultivar esta visión. En ellas, la escucha orante de la Palabra ayuda a reconocer la voz del Señor; la fraternidad crea vínculos de confianza que favorecen el discernimiento; la formación fortalece la madurez de la fe; y el compromiso misionero recuerda que toda vocación desemboca en el servicio.

Cada pequeña comunidad está llamada a preguntarse no solamente cuántos encuentros realiza, sino también si quienes forman parte de ella están creciendo en la conciencia de haber sido llamados por Dios. Cuando una comunidad vive esta experiencia, la dimensión vocacional se convierte en el alma que anima todo el proceso evangelizador.

Conclusión

Construir una cultura vocacional no significa elaborar nuevos programas ni multiplicar iniciativas. Significa ayudar a nuestras comunidades a recuperar una mirada profundamente evangélica sobre la vida.

Allí donde las personas aprenden a reconocer que han sido creadas por amor, llamadas por Cristo, incorporadas a la Iglesia mediante el Bautismo y enviadas al servicio del Reino, la cultura vocacional comienza a echar raíces.



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Solo entonces la oración por las vocaciones deja de ser una petición ocasional para convertirse en la expresión de una comunidad que confía plenamente en la acción del Espíritu Santo. Solo entonces el anuncio del Evangelio despierta verdaderos discípulos. Solo entonces el acompañamiento conduce a una libertad madura. Solo entonces las distintas vocaciones florecen con naturalidad, enriqueciendo a toda la Iglesia.

Esta es la esperanza que anima a nuestra Diócesis de Duitama-Sogamoso durante el Año Diocesano de las Vocaciones: que cada familia, cada parroquia y cada pequeña comunidad del SINE se conviertan en una tierra buena donde el Señor continúe sembrando y haciendo crecer abundantes frutos de santidad, comunión y misión.

Para la reflexión comunitaria

1. ¿Qué características hacen que una comunidad sea un terreno fértil para el nacimiento y crecimiento de las vocaciones?
2. ¿Cómo podemos aprender a acompañar los procesos vocacionales con la paciencia y el respeto con que Dios acompaña nuestra propia vida?
3. ¿Qué testimonios de fidelidad vocacional encontramos hoy en nuestra parroquia y en nuestra pequeña comunidad? ¿Qué nos enseñan?
4. ¿Qué cambios concretos podríamos introducir en la vida de nuestra comunidad para que la dimensión vocacional impregne todo nuestro proceso de evangelización?
5. Al concluir este itinerario formativo, ¿qué invitación sentimos que el Señor dirige hoy a nuestra comunidad y a cada uno de nosotros?



DIÓCESIS
UITAMA
BOGOTÁ

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

Conclusión general:

«Aquí estoy, Señor». Una Iglesia que escucha, discierne y responde

Al concluir este itinerario, volvemos al punto desde el cual comenzó nuestra reflexión: Dios sigue llamando.

Esta afirmación, sencilla en apariencia, constituye una de las certezas más profundas de la fe cristiana. El Señor que llamó a Abraham, a Moisés, a los profetas, a la Santísima Virgen María, a san José y a los Apóstoles, continúa pronunciando hoy el nombre de cada persona. Su voz no pertenece únicamente al pasado de la historia de la salvación; resuena también en el presente de la Iglesia y alcanza la vida concreta de quienes buscan caminar según el Evangelio.

A lo largo de estas páginas hemos descubierto que la vocación no constituye un acontecimiento reservado para algunos privilegiados. Expresa la verdad más profunda de toda existencia humana: hemos sido creados por amor, llamados a vivir en comunión con Dios y enviados para participar en su obra salvadora. Este camino nos condujo desde el reconocimiento de nuestra identidad como hijos amados del Padre hasta la comprensión de que toda la Iglesia —familias, parroquias, pequeñas comunidades— comparte la responsabilidad de engendrar, acompañar y sostener las vocaciones. Aprendimos que el Bautismo es la fuente común de donde brotan todas las vocaciones, que la diversidad de caminos —laicado, matrimonio, vida consagrada, ministerio ordenado— manifiesta la riqueza del único Cuerpo de Cristo, y que construir una cultura vocacional significa ayudar a cada bautizado a preguntarse con sinceridad: **«Señor, ¿qué quieres de mí?»**

Este subsidio ha querido recorrer ese camino con las comunidades del Sistema Integral de Nueva Evangelización. No pretende ofrecer respuestas prefabricadas ni sustituir el discernimiento personal que cada creyente está llamado a realizar. Aspira, más bien, a despertar nuevamente la conciencia de que Dios continúa pasando por nuestras comunidades y llamando a cada uno por su nombre.

Al mirar nuestra realidad diocesana, descubrimos numerosos signos de esperanza. Hay familias que transmiten la fe con alegría; sacerdotes que sirven con generosidad; personas consagradas que mantienen viva la esperanza del Reino; fieles laicos que anuncian el Evangelio en medio del mundo; jóvenes que buscan sinceramente el proyecto de Dios para sus vidas; pequeñas comunidades que perseveran en la oración, la fraternidad y la misión. Todo ello constituye una manifestación de que el Señor continúa actuando en medio de su pueblo.

Sin embargo, esta esperanza lleva consigo una responsabilidad. La Iglesia no puede conformarse con conservar las vocaciones que ya existen. Está llamada a crear comunidades donde las futuras generaciones encuentren un ambiente capaz de despertar el deseo de seguir a Cristo. Cada parroquia, cada familia, cada grupo apostólico y cada pequeña comunidad del SINE puede convertirse en una tierra buena donde la semilla de la llamada divina encuentre espacio para crecer.

El Año Diocesano de las Vocaciones representa una oportunidad providencial para renovar este compromiso. El verdadero fruto será una Iglesia que recupere la alegría de saberse llamada y enviada, que



DIÓCESIS
UITAMA
OGAMOSO

VICARÍA DE
PASTORAL

NIT. 900.954.277-1

ore con perseverancia por las vocaciones, que acompañe con paciencia los procesos de discernimiento y que anuncie el Evangelio con la convicción de que Dios continúa llamando hoy.

Ojalá que estas páginas no permanezcan únicamente como un material de formación. Que se conviertan en una ocasión para fortalecer la vida espiritual de nuestras comunidades, renovar la confianza en la acción del Espíritu Santo y suscitar un diálogo sincero con el Señor. Al terminar este itinerario, quizá la pregunta más importante no sea qué hemos aprendido sobre la vocación, sino qué respuesta estamos dispuestos a ofrecer al Dios que sigue llamando.

Que la Santísima Virgen María, mujer de la escucha y del **«hágase»**, nos enseñe a acoger la Palabra con un corazón disponible. Que san José, hombre justo y fiel, nos acompañe para discernir con humildad la voluntad de Dios y vivirla con generosidad. Que ambos intercedan por nuestra Iglesia diocesana para que nunca falten hombres y mujeres que, desde la diversidad de sus vocaciones, hagan visible el rostro de Cristo en medio del mundo.

Y que, como el profeta Isaías, cada uno de nosotros pueda responder con libertad, alegría y confianza cuando el Señor vuelva a pronunciar nuestro nombre:

«Aquí estoy, Señor; envíame» (Is 6,8).